

PUEBLO CHICO

Patricia Suarez- Adriana Tursi

Víspera del 30 de agosto de 1958

Personajes

Dr Kurt – 50 años

Srta Alcira-48 años

Ester - 19 años

Abel – edad indefinida

Escena 1

Un consultorio escondido a treinta kilómetros del pueblo mas cercano. La noche ha comenzado a caer, es pleno invierno, una vieja estufa a kerosén cerca de una vieja camilla consume sus últimos restos. El doctor Kurt, un hombre apuesto de unos 50 años, algo agobiado frente a su escritorio, separa unos remedios que va colocando en unas bolsas. De interior aparece Alcira, una mujer robusta, de algo más de 60 años que oficia de enfermera y secretaria, viene sacando unas bolsas.

ALCIRA: Ya le he dejado todo en orden...

KURT: Gracias Alcira, aquí le estoy separando unas cuantas cajas de antibióticos para que se lleve. El esposo de Juana pasará a buscarlos más tarde por su casa.

ALCIRA: Traía los ojos turbios.

KURT: Usted le miró los ojos.

ALCIRA: Siempre, a un paciente siempre. A las mujeres. A los maridos, la boca. En la boca se sabe qué clase de hombre es un hombre.

KURT *ríe*: Supersticiones. Las hace pasar por científicas.

ALCIRA: Y eso que no le hablé de que se espera para mañana la tormenta más fuerte del año. Santa Rosa. ¡Qué año este! Entre la peste de ratones y la sequía...

Kurt ríe.

ALCIRA: Sí, supersticiones, dice usted. Me las enseñó mi madre. Todo lo que sé lo aprendí de ella. A veces sirven, consuelan. La verdad es que casi nunca uno sabe a quién tiene enfrente. Mi madre, cuando se retiró, se puso a ayudarlo a mi padre en la tienda, vendían género. Ella decía que, por el rostro de las mujeres, el rostro nada más, se podía saber quién venía a comprar y quién venía a molestar. Porque afuera hacía

lluvia. Porque estaba aburrido. Por tocar un terciopelo, una seda, una gasa, que no podría comprarse nunca... Así es la gente. Aprovechaban que ella estaba ahí y le pedían *de favor, que las ayudara*... Ella les contestaba, Pero m'hija, mire cómo me tiemblan las manos. Y no paraban de pedirle, pobre vieja. Pero acá en el consultorio es distinto: porque el miedo les hace ser sinceros. Las mujeres tienen miedo, los hombres... ¿Vio la tormenta que se viene, doctor? Vamos a tener que apurarnos si no queremos que nos agarre la tormenta en el camino.

KURT: Los hombres están muertos de miedo, cuando vienen con sus mujeres. No se confunda, Alcira. *(Pausa)* ¿Qué? ¿Ya está lloviendo?

ALCIRA: Garúa. Para mí ellos solo vienen a asegurarse que se están sacando un problema de encima... Solo a eso. Cada vez creo menos en los hombres.

El doctor Kurt, va hasta un armario y saca una botella de coñac.

KURT: Vamos, busque dos copas que nos mereceremos un trago de algo fuerte... Así de paso nos sacamos este frió que huela los huesos...

ALCIRA. Hay licorcito de café también.

KURT: Aquí junto con la bolsa está la indicación de cómo debe tomar estos remedios... De todos modos, repítaselo usted antes de entregársela. Es un comprimido cada seis horas durante los primeros dos días... Y después, uno cada doce horas, hasta terminar estas dos cajas...

ALCIRA: Muy bien doctor... Mire, ya se está todo el cielo encapotado... ¿Está sin su coche?

KURT: Le pido entonces que me alcance con el suyo hasta la estación... Hoy tendré mas de una hora larga hasta llegar a mi casa... De todos modos saben que salí a ver pacientes, y al ver que estoy sin el auto calculan que indefectiblemente llego más tarde.

ALCIRA. Deben estar grandes los varoncitos.

KURT: Sí, uno de estos días le traigo unas fotografías. Los chicos están altos, hechos una belleza.

ALCIRA: Juan Manuel se llama el más grande. El otro...

KURT: Gerardito. Gerardo.

KURT. Dos hijos varones, que son las mas pequeños. Y mi hija Ester que ya cumplió los dieciséis. Ella es toda una señorita; una preciosura: salió a la madre. Nosotros no tenemos nariz recta. En cambio, los varones todavía revolotean entre las faldas de mi esposa. ¡Pollerudos, mamengos!, les digo. Se ríen los dos; pero mire Alcira que yo se los digo medio en serio y medio en broma, y ellos se ríen. Me salieron dos calzonudos... Cuando no están leyendo historietas, están fabricando cohetes de cartón: ¡están obsesionados con el satélite que los soviéticos mandaron al espacio! Son chicos: las fantasías les parecen realidades todavía.

ALCIRA: Su mujer debe estar muy orgullosa de usted...

KURT: Es... sí, debe ser.

ALCIRA: Se comenta que ganarán las elecciones y que será la mano derecha del nuevo intendente.

KURT: Eso espero Alcira, vengo trabajando duro. He trabajado duro durante estos cinco años para que eso me suceda... Igual para la campaña fuerte faltan dos años todavía. En cuanto empiece la campaña, acá vamos a tener que levantar el consultorio...

ALCIRA: ¿En serio, doctor?

KURT: Vio cómo son los periodistas, y la contra. Chacales, husmean, revuelven todo, ponen las cosas patas arriba. No sé quiénes son peores, si los periodistas o la contra.

ALCIRA: Hay que cuidarse la reputación.

KURT: Y la espalda, Alcira. Que, dicho sea de paso, me duele como si me hubiera pasado un camión por encima. Voy a cambiarme... ¡Qué es eso! ¿Un trueno? ¿Ay, se largó a llover?

ALCIRA: Se largó la Santa Rosa.

KURT: A lo mejor la lluvia ahoga toda esta peste de ratones que se juntó.

ALCIRA: Va a haber que contratar gente para rastrillar, entonces. Porque va a quedar plagado de bichos muertos...

KURT: Qué asco.

ALCIRA: Llueve bastante..., qué mala pata. Está el baile de la Sociedad Piamontesa, mañana. Si sigue así habrá que suspender. Qué desgracia.

KURT: Traje una sola muda, de media temporada, como dice mi mujer. Nos vamos a empapar.

ALCIRA: ¿Dejará este consultorio si gana las elecciones en la ciudad, no doctor?

KURT: ¿Está preocupada, Alcira? No tiene por qué. A usted no le faltara trabajo...

ALCIRA: No es por mí solamente, doctor, es por el pueblo... Yo ya estoy grande y si no fuera porque trabajo para usted, me retiro... Además, ¿donde conseguir alguien que haga este trabajo, tan seriamente como lo hace usted? Hay mujeres que lo hacen, pero usted ya sabe que no es lo mismo. Las pacientes tuyas también saben que no es lo mismo. Mire desde dónde se vienen esos pobres en busca de ayuda...No, si no es fácil encontrar un médico que quiera venir a internarse una vez a la semana a socorrer a tantas personas. ¿Quién va a dedicarse a estos quehaceres con la misma voluntad que lo hace usted?

KURT: Mucha gente no lo vé así.

ALCIRA: Malas personas.

KURT: Fácil, no va a resultar... Pero, ya me voy a abocarme a la tarea de traer a alguien...

ALCIRA: Esperemos a que amaine un poco...

KURT. Vaya, yo termino aquí y salgo...

ALCIRA: No. Habrá que esperar a que...

Kurt sale, comienza a sacarse su blanco delantal de médico y se dirige hacia una habitación contigua.

ALCIRA: No me oye, siempre lo mismo. Un día de estos, le va a pasar algo. Por hacerse el sordo.

Se siente el sonido de una campana que llama. Alcira sale

Escena 2.

Una pequeña sala de espera, con escritorio. Alcira cruza el lugar llegándose a la puerta de entrada y una jovencita ingresa, empapada.

ESTER: Buenas noches. ¿Está el doctor?

ALCIRA: No.

ESTER: Me dijeron que atendía hasta tarde. Vi luz y pensé...

ALCIRA: Ya se retiró. Está empapada.

ESTER: Cuando salí no había lluvia.

ALCIRA: ¿Pero no sabe que estamos en la víspera de Santa Rosa?

ESTER: ¿Qué?

ALCIRA; La tormenta que manda la santa. Los 30 de agosto.

ESTER: Ah, sí.

ALCIRA: Usted es muy joven para saber.

ESTER: Necesito hablar con el doctor.

ALCIRA: Haga una cita. A lo mejor si usted me dice por qué asunto viene, podemos concertar para la semana que viene.

ESTER: Es urgente.

ALCIRA: Lamentablemente...

ESTER: María López me dio la dirección. Me dijo... ella me dijo que viniera directamente, que en todo caso mencionara su nombre y el doctor iba a atenderme. Necesito que me vea.

ALCIRA: ¿María López?

ESTER: María de las Mercedes, o María del Carmen, ahora no sé. Se me hizo una confusión. Trabaja en la casa de al lado de la mía.

ALCIRA: ¿Cuándo dice usted que vino su amiga?

ESTER: Hace un año. Un año y dos meses más o menos. Es una muchacha bajita, morocha. En esa época, creo, usaba el pelo bien corto. Se lo aclaraba de rubio... ahora ya no lo hace porque se le quemó la piel, el cuero cabelludo...

ALCIRA: No la recuerdo bien.

ESTER: Estaba en estado... y el doctor la ayudó.

ALCIRA: Está bien. Mire, pase el miércoles.

ESTER: ¡No! ¡No puedo, no puedo! No puedo volver. Necesito que me vea ahora.

ALCIRA: El doctor no está, ya le dije.

ESTER: No es cierto. Yo vi una señora salir de aquí hace un cuarto de hora. Es cierto. No puede mentirme: estaba apostada en el árbol de enfrente.

ALCIRA: El paraíso.

ESTER: En el tren, me dijeron que era la última casa del pueblo. Caminé como un kilómetro. Tenía que pasar por un almacén que se veía con luz. Después otro cuarto de caminata hasta la puerta.

ALCIRA: Mire, señorita...

ESTER: Se lo pido por favor. ¡Por favor! El tiene que verme; estoy en una situación desesperada. Ya no sé a quién recurrir. Nadie lo sabe; si mis padres se enteraran me echarían de la casa, me obligarían a casarme... Usted no sabe lo que es este martirio. No puedo pensar en otra cosa; no puedo dormir. Devuelvo toda la comida; mi madre sospecha. Quiere llevarme al hospital, a que me revise un especialista del estómago. Si hace eso, no me queda más que matarme. Entiéndame. Si el doctor no me atiende ahora yo voy hasta el río y me tiro por la barranca.

ALCIRA: Está vallada la barranca a esta altura del año. Aunque en verdad ahora levantaron las vallas. Por las lauchas...

ESTER: ...?

ALCIRA: Tenemos una peste de ratones y lauchas. No se sabe por qué. Bajaron del norte y vienen arrasando con todo. Malos presagios dicen, pero yo digo ¡mala cosecha! Porque nos van a comer todo, y lo que no lo comen, lo cagan. Y ya sabe usted que la... las heces de esos bichos traen enfermedad.

ESTER: ...

ALCIRA: Horrible, ya oyó lo que tiene que oír.

ESTER: ¿Qué me quiere decir?

ALCIRA: Acá todas las mujeres vienen como viene usted. Para nadie es una partidita de chinchón.

ESTER: Pídale que me vea.

ALCIRA: Hoy es sábado, vuelva el miércoles. ¿Qué puede cambiar de un sábado a un miércoles? Quédese tranquila.

ESTER: No, no puedo. No puedo. No, no.

ALCIRA: Claro que puede. Pudo una vez, ¿por qué no podrá...?

ESTER: No voy a tener fuerzas. No sabe lo que me costó juntar valor para venir.

ALCIRA: Podrá.

ESTER: ¡No, no!

ALCIRA: Tome tilo.

ESTER: ¿Para qué? Ya tomé ruda.

ALCIRA: Para los nervios.

ESTER: Usted, señora, alguna vez pasó por una situación así. No digo la misma, no es eso lo que quiero decir. Sino que alguna vez necesitó ayuda de otra persona, se le iba la vida en eso. Usted fue joven, usted amó alguna vez...

ALCIRA: Señorita...

ESTER: Ester me llamo.

**Si desea ver la Obra completa por favor escríbanos
solicitándola a través de nuestro sitio web desde la sección
“Contacto”, muchas gracias.**